



BIBLIOCLIPS

VIENE BANVILLE

RODRIGO FRESÁN UNO Hay escritores que no plantean ningún problema a la hora de decidir cuál de sus libros (que también son *nuestros* libros) darles a firmar. Así, en los años que llevo en Barcelona no dudé un segundo —por citar unos pocos casos— en que *Campos de Londres* era el libro que tenía que dedicarme Martin Amis, *El mundo según Garp* era el que le correspondía garrapatear a John Irving o *Submundo* el que le tocaba a Don DeLillo.

El criterio es tan simple como sentido: elegir aquel libro que, de desaparecer, dejaría un agujero imposible de llenar en nuestras bibliotecas y en sus obras. Días atrás, el caso de John Banville (Wexford, Irlanda, 1945) fue mucho más complicado. Tenía que encontrarme con Banville en la librería La Central, en cuya terraza el escritor irlandés grabaría una entrevista para la televisión catalana, y ahí estaba yo, frente a mis estantes, sin saber qué libro elegir. Por que la obra de Banville —por lo general reunida en torno a trilogías elásticas pero fuertes— no resulta fácil de reducir a favoritos o indispensables. En unos y en otros, en todos, esa voz que es la voz de Banville, quien es La Voz con la que se desgranar, de a poco, como deshojando más plantas

carnívoras que margaritas, confesiones organizadas alrededor de la pausada o vertiginosa velocidad de los pensamientos. Historias girando centrífugas dentro de las cabezas de los protagonistas. Beckett vía Nabokov en tramas-tumores que enseguida hacen metástasis en secretos primero y culpas después. Páginas donde cada palabra cuenta y toda oración narra, casi siempre, en una primerísima persona de primera o —en

sus muy personales biografías de Kepler y Copérnico, publicadas en Argentina por aquellos días en los que lo histórico hacía historia— desde un afuera muy íntimo comprendiendo, y haciéndonos comprender, lo que nadie comprendió hace tanto tiempo.

Así que cuál: *¿El libro de las pruebas?* *¿Mi muy raro y muy difícil de conseguir ejemplar de los fundacionales relatos contenidos en Long Lankin?* *¿El intocable?*

¿O mejor llevarle ese díptico en busca de una tercera parte compuesto por *Eclipse e Imposturas*? ¿O tal vez *El mar*, porque es el último y el que ha venido a presentar y el que por fin, lo ha vuelto reconocido y reconocible a un lector español que hasta ahora había decidido no mojarse en las aguas de este autor tal vez por pensarlo demasiado “difícil” y “estilista” y todo eso?

Lo que decidí entonces fue llevar una bolsa con la obra completa de Banville y dejar que fuera él quien eligiera el que pensara más apropiado. Así, llegué a la librería, y ahí estaba Banville frente a las cámaras (igual que en las fotos pero más bajo de lo que esperaba, con una aire de hobbit tamaño XL, pero hobbit finalmente) y después se apagaron las luces y se desengancharon los micrófonos y nos fuimos a un bar cercano y después de la cerveza número quién sabe, le señalé a Banville mi bolsa y le comenté mi dilema y le dije que él decidiera por mí. Y Banville dudó menos tiempo que el segundo que consume una, cualquiera, de sus comas siempre puestas en el sitio exacto y en el momento justo, y dijo: “Todos. Te firmo todos”.

DOS “Es bueno ver que una obra de arte ha sido reconocida”, dijo Banville. No me lo dijo a mí frente a una cazuela con pulpitos una primaveral noche de otoño en Barcelona, sino a los comensales asistentes a la cena del Premio Booker del 2005. Lo dijo en vivo y en directo, por televisión. Y Banville no se refería al libro de otro sino al propio, a *El mar* —que minutos después trepaba a lo más alto de las listas de best-sellers de UK y que un año y algo más tarde coronaba casi todas

las listas de ficción traducida al castellano durante el 2006—, y lo dijo luego de subir al proscenio y aceptar el galardón, para asombro de la concurrencia toda que se dividió entre el aplauso por lo alto y la condena por lo bajo. Y Banville encantado, claro. Y Banville —el mismo Banville que alaba al *Last Evenings on Earth* de Roberto Bolaño en las páginas de *The Nation* o destroza al *Sábado* de Ian McEwan en las de *The New York Review of Books* provocando una de las polémicas literarias más feroces de los últimos tiempos— seguía todavía más encantado en Barcelona, un año después de su Noche B, recordando sin ira y con el casi descarado placer de quien ya ha contado el episodio demasiadas veces pero nunca las suficientes: “Fue algo genial. Se suponía, así lo indicaban todas las apuestas, que el ganador sería *Arthur & George* de Julian Barnes. O que Ishiguro se llevaría su segundo Booker. Creo que yo estaba último en las apuestas porque, bueno, yo escribo esas novelas ‘bien escritas pero donde no sucede demasiado’, dicen. De hecho, a la mañana siguiente, el editor cultural de *The Independent* condenó al jurado por haber hecho ‘tal vez la peor y seguro más perversa elección en los 36 años del Booker’. Así que yo subí a decir lo mío y dije eso y lo dije por molestar, para meterle el dedo en el ojo a la escena cultural londinense. Lo dije porque han sido muchos años de soportar injusticias, de ser ‘escritor de escritores’ y de tener que lidiar con tipos que piensan que la trama es lo único que importa. Y lo dije porque era verdad: *El mar* es una buena obra de arte”. *El mar* está también, según Banville, la novela

para la que estuvo preparando “más de cuarenta años; porque de algún modo todo surge de la infancia y de sus veranos” y que, estima, tiene una voz “más simple y piadosa y menos maligna que la de mis otras novelas”.

Le comento a Banville que cuando supe que su siguiente novela después de *Eclipse e Imposturas* se iba a llamar *El mar* no dudé ni un momento que sería el cierre de lo que podría llamarse Trilogía Cass. De este modo, la primera era la versión del asunto narrada por el padre estrella del teatro de la joven suicida Cass Cleave, y la segunda la versión de su amante intelectual. La tercera y con ese título —Cass se había arrojado a las aguas para morir— tenía que ser, por fin, la versión del fantasma en otra banvilleana novela de fantasmas sin fantasmas. Pero no, *El mar* —considerada por muchos críticos como la más “sencilla” de las obras de Banville— era otra cosa. Le digo a Banville que a mí no me pareció más o menos compleja que las anteriores pero que sí podría definirla como una suerte de *Verano del '42* reescrito por Henry James. “Je, je”, ríe Banville con esa risa de quien no se está riendo mientras ensarta un pulpito y, sí, *El mar* como una novela “de playa”, una memoria de adolescencia con sexo y arena y olas y, en la orilla, otra vez, el tan recurrente como las mareas tema de Banville: cómo hacer y deshacer memoria. Pero ni rastro de Cass.

Cuando le comento esto, mi ilusión frustrada de oír a Cass, Banville me mira primero desconcertado y después con los ojos de quien mira pensando: “Jamás se me hubiera ocurrido... Es verdad... Sí, una novela contada por Cass Cleave es una idea atractiva... De



acuerdo: voy a escribirla. Pero Cass tendrá que esperar a que acabe la que estoy escribiendo ahora. Serán dos o tres años. Y también tengo que ocuparme de Benjamin Black”.

TRES Benjamin Black es el seudónimo con el que John Banville acaba de publicar su primer policial (aunque todos sus libros bien pueden ser considerados policiales o, mejor aún, criminales) protagonizado por el patólogo y viudo Quirke (nada que ver con la Scarpetta de Patricia Cornwell o los tecnócratas *à la* C.S.I.) y titulado *Christine Falls*. *Quirk*, en inglés, significa rareza y, para muchos de los seguidores de Banville, *Christine Falls* (que publicará Alfaguara durante el 2007) será una rareza: tercera persona: casi no hay página donde no suceda algo y un tan enrevesado como sorprendente argumento donde —en el Dublín de los cincuenta, con Quirke investigando la muerte de una mujer caída en desgracia yendo y viniendo al pub y departiendo con

su amigo Barney Boyle que apenas esconde al verídico Brendan Behan— la iglesia, la mafia, la masonería católica y los clanes familiares se trenzan en una lucha a muerte por un bebé desaparecido en Irlanda y aparecido en los Estados Unidos. El resultado es un lluvioso melodrama gótico donde casi todos son culpables y la prosa entre lírica y clínica de Banville, una vez más, es la única forma de justicia en un paisaje podrido por odios ancestrales.

Le pregunto a Banville si le resultó más fácil escribir como Black y me mira con ojos tristes y responde con las mismas todavía más tristes palabras —una tristeza que apenas esconde la felicidad de saberse uno de los buenos de verdad— que ya le había leído decir en otra parte: “Nunca es fácil. Nada es fácil. Ninguno es fácil. Yo suelo pasarme horas tras hora en una oración o en un párrafo. Por eso detesto a todos mis libros por igual. Y los odio porque me resulta imposible leerlos. Los conozco tan in-

timamente, soy tan consciente de todas y cada una de sus partes que, al repasarlos, lo único que veo es cómo mejorarlos, un poco más. Escribir es, para mí, como intentar redactar un sueño. Nunca se lo hace del todo bien. Pero uno insiste. Y, de acuerdo, no es el tipo de literatura que le gusta a todo el mundo. Pero al menos ese el tipo de libro que a mí me gusta escribir... Benjamin Black es mi oportunidad de ser otro sin dejar de ser yo. De hecho, ya estoy bastante avanzado en el segundo *thriller* de Quirke. No sé... Con Black somos muy distintos pero nos gustan las mismas cosas. Es más, le deseo lo mejor. Le deseo a Benjamin Black que se gane el próximo Booker. Y, ya que estamos en tema, que John Banville se lleve el Nobel”.

Y Banville, con voz de Banville, me pide que pida más pulpitos mientras me firma una novela titulada *El mar* y Black, con letra de Banville, autografía las pruebas corregidas y encuadernadas de otra novela llamada *Christine Falls*.